

Borges: ejércitos y antiguallas

(unos textos dispersos)

Antiguallas que a pesar de su riguroso esplendor
son reverencia de pocos. ...

J. L. B.

Alfredo Bianchi y Roberto Giusti fundaron en agosto de 1907 la revista *Nosotros en Buenos Aires*. En dos épocas, que cubren de la fecha anotada a 1943, sacaron a la luz 390 números que recogieron desde las últimas producciones de Darío hasta las primeras crónicas de los levantamientos de Sandino en Nicaragua. En sus páginas se reunieron, también, los nombres más representativos de la Argentina y los más disimulados grupos: de "La brasileña" Payró, Ricardo Rojas; de "Los inmortales" Evaristo Carriego y Juan Más y Pi. Quiroga, Martínez Estrada y Lugones aparecieron en la revista junto al primer manifiesto ultraísta firmado por Borges (del que después tanto se arrepentiría) cumpliendo así lo que advertía la "Presentación" del primer número: "Todo aquello que bien pensado y galanamente escrito a sus puertas se presentare, recibirá una afable acogida. Ningún otro anhelo anima a sus directores que el de poner en comunión en sus páginas, las firmas viejas consagradas con las nuevas ya conocidas y con las de aquellos que surgen o han de surgir."

La primera colaboración de Borges y su consecuente invitación a colaborar en la revista es de 1922, antes su padre ya había publicado ahí mismo algunos "hermosos sonetos". Por esos años funda Proa (en cuyo primer número, por cierto, traducía un fragmento del monólogo de Molly Bloom) y empieza a colaborar también en Sur. Hemos seleccionado algunos textos de Borges aparecidos en la revista y les hemos puesto un título absolutamente arbitrario. La información la hemos tomado de *Nosotros*, selección y prólogo (pobre) de Noemí Ulla, Colección "Las revistas", Galerna, Buenos Aires, 1969.

I

Entre otras encuestas llevadas a cabo por *Nosotros* ("¿Cuál es el valor del Martín Fierro?", "La literatura hispanoamericana juzgada por escritores españoles") nos resulta interesante la que apareció en los números 168 al 171 en 1923. De todos los entonces jóvenes que la contestaron, casi 50, perduran Borges y Marechal. Decía la encuesta: "Tan inquieto anda el mundo que de todas partes llegan invitaciones a la rebeldía. Los jóvenes oyen siempre esas invitaciones. Pero la rebeldía supone un señorío anterior. Una época no puede negar a otra, si esta no ha tenido fisonomía propia, rasgos inconfundibles. La inquietud juvenil cree casi siempre en una tiránica trabazón de los hechos que se opone a su fácil expresión y expansión. Por eso se rebela." Y el cuestionario era el siguiente:

1) Como es usted joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿cuántos años tiene Ud.?

2) ¿Hay entre usted y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿cuál es?

3) Algunos otros jóvenes de su época ¿están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?

4) De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles son los que merecen su respeto? ¿En alguno reconocería usted a un maestro?

5) ¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que usted respeta más?

6) ¿Cuáles son los prosistas?

7) ¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree usted más seguro?

Y Borges contestó no sin ciertos aires macedónicos:

Con mucho ahinco de franqueza respondo a las interrogaciones enviadas:

1) Ya he cansado veintidós años.

2) En lo atañente a la lírica, hermaname con un conjunto de poetas la tendencia ultraísta, ya por mí bastantemente voceada y apuntalada de teorías. Acerca de la prosa, estoy más solo. Confieso mi dilección por la sintaxis clásica y las frases complejas como ejércitos: antiguallas que a pesar de su riguroso esplendor, son reverencia de pocos.

3) Derrotero diverso al mío lo siguen casi todos. Ahí están los tradicionalistas ñoños con sus terminaciones en illo y el *vive Dios* intercalado. Ahí están los afrancesados endebles con el aburrimiento y el chiste sin travesura y la sonrisa. Ahí están los gritadores del susto, los versificadores de aguachirle, las chilladoras del encelamiento hecho ripio, los partidarios de la adjetivación balbuciente y de la metáfora lóbrega.

4) ¡Linda insolencia fuera que no respetase yo a un escritor, por emplear éste añagazas verbales de traza no semejante a las mías! En cuanto a maestros, todos algo me han enseñado, desde Cadmo a Macedonio Fernández.

5 y 6) Mis entusiasmos son ortodoxos. Entre los santos de mi devoción cuento a Capdevilla, a Banchs, y señaladamente a nuestro Quevedo, Lugones.

7) No quiero introducirme en profeta. Sospecho que la fama es recompensa de mundología, esto es, de la destreza general del vivir, y no de una mañita peculiar de urdir versos y de sazonar oraciones. Con todo y a despecho de lo anterior, no he de rehusarle voz a mi esperanza en lo que Norah Lange ha de hacer. Quiero escribir también los nombres de Francisco Piñero, de González Lanuza y de Roberto A. Ortelli.

(*Nosotros*, núm. 170, agosto de 1923)

De los cincuenta encuestados, por cierto, sólo Ortelli y otros dos pusieron el nombre de Borges en su séptima respuesta.

II

En el prólogo a *Fervor de Buenos Aires*, de 1969, en su *Obra poética de 1970*, Borges dice no haber reescrito el libro. "He mitigado sus excesos —dice—, he limado asperezas, he tachado sensiblerías y vaguedades y, en el decurso de esta labor a veces grata y otras veces incómoda, he sentido que aquel muchacho que en 1923 lo escribió ya era esencialmente —¿qué significa esencialmente?— el señor que ahora

se resigna o se corrige." Nada dice de Cuaderno de San Martín, pero puede uno suponer una actitud parecida. ¿Qué hay de la versión de 1926 de "La fundación mitológica de Buenos Aires" a la corregida posteriormente de "La fundación mítica de Buenos Aires"? ¿Reticencias abrumadoras que certifican los vaivenes entre los "atardeceres y los arrabales y la desdicha" juvenil y "las mañanas, el centro y la serenidad" madura?

LA FUNDACION MITOLOGICA DE BUENOS AIRES

Y fue por este río con traza de quillango
Que doce naos vinieron a fundarme la patria?
Irían a los tumbos los barquitos pintados
Entre los camalotes de la corriente zaina.
Pensando bien la cosa supondremos que el río
era azulejo entonces como oriundo del cielo
con su estrellita roja para marcar el sitio
en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron.
Lo cierto es que mil hombres y otros arribaron
por un mar que tenía cinco lunas de anchura
y aun estaba repleto de sirenas y endriagos
y de piedras imanes que enloquecen la brújula.
Cavaron un zanjón. Dicen que fue en Barracas
pero son fantasías de los gringos de Boedo.
Lo de los cuatro ranchos no es mas que una guayaba
Fue una manzana entera y en mi barrio: en Palermo.
Una manzana entera en mita del campo
zumarreada de auroras y lluvias y suestadas.
La manzana pareja que persiste en mi barrio:
Guatemala Serrano Paraguay Gurruchaga.
Un almacén rosado como rubor de chica
brilló y en la trastienda lo inventaron al truco
y a la vuelta pusieron una marmolería
para surtir de lunas al espacio desnudo.
Una cigarrería sahumó como una rosa
La nochecita nueva, zalamera y agreste.
No faltaron zaguanes y novias besadoras.
Sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente.
A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.

FUNDACION MITICA DE BUENOS AIRES

¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?
Irían a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina.

Pensando bien la cosa, supondremos que el río
era azulejo entonces como oriundo del cielo
con su estrellita roja para marcar el sitio
en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron.

Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron
por un mar que tenía cinco lunas de anchura
y aun estaba poblado de sirenas y endriagos
y de piedras imanes que enloquecen la brújula.

Prendieron unos ranchos trémulos en la costa,
durmieron extrañados. Dicen que en el Riachuelo,
pero son embelecocos fraguados en la Boca.
Fue una manzana entera y en mi barrio: en Palermo.

Una manzana entera, pero en mitá del campo
presenciada de auroras y lluvias y suestadas.
La manzana pareja que persiste en mi barrio:
Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.

Un almacén rosado como revés de naipe
brilló y en la trastienda conversaron un truco;
el almacén rosado floreció en un compadre,
ya patrón de la esquina, ya resentido y duro.

El primer organito salvaba el horizonte
con su achacoso porte, su habanera y su gringo.
El corralón seguro ya opinaba Yrigoyen,
algún piano mandaba tangos de Saborido.

Una cigarrería sahumó como una rosa
el desierto. La tarde se había ahondado en ayer,
los hombres compartieron un pasado ilusorio.
Sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente.

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
La juzgo tan eterna como el agua y el aire.



III

GROUSSAC

He verificado en mi biblioteca diez tomos de Groussac. Soy un lector hedónico: jamás consentí que mi sentimiento del deber interviniera en afición tan personal como la adquisición de libros, ni probé fortuna dos veces con autor intratable, eludiendo un libro anterior con un libro nuevo, ni compré libros —crasamente— en montón. Esa perseverada decena evidencia, pues, la continuada legibilidad de Groussac, la condición que se llama *readableness* en inglés. En español es virtud rarísima: todo escrupuloso estilo contagia a los lectores una sensible porción de la molestia con que fue trabajado. Fuera de Groussac, sólo he comprobado en Alfonso Reyes una ocultación o invisibilidad igual del esfuerzo.

El solo elogio no es iluminativo; precisamos una definición de Groussac. La tolerada o recomendada por él —la de considerarlo un mero viajante de la discreción de París, un misionero de Voltaire entre el mulataje —es deprimente de la nación que lo afirma y del varón que se pretende realzar, subordinándolo a tan escolares empleos. Esa pedagogía, por lo demás, sería innecesaria. Por ejemplo: la novela argentina no es ilegible por faltarle medida, sino por falta de imaginación, de fervor. Digo lo mismo de nuestro vivir general.

Groussac. Es evidente que hubo en él otra cosa que las represiones del profesor, que la santa cólera de la inteligencia ante la ineptitud aclamada. Hubo un placer desinteresado en el desdén. Su estilo se

acostumbró a despreciar, creo que sin mayor incomodidad para quien lo ejercía. El *facit indignatio versum* de Juvenal no nos dice la razón de su prosa: mortal y punitiva más de una vez, como en cierta causa célebre de *La Biblioteca* pero en general reservada, cómoda en la ironía, retráctil. Supo reprimir bien, hasta con cariño; fue impreciso o inconvincente para elogiar. Basta recorrer las pérdidas conferencias hermosas que tratan de Cervantes y después la apoteosis vaga de Shakespeare, basta cotejar su versión calmosa de la Cordillera —*El cerro próximo, descarnado y sombrío, corta duramente el azul metálico del cielo; en los repliegues de la roca, algunas chapas de nieve hacen centellear sus agujas finísimas, cual hojuelas de mica; asoma la arcilla húmeda y negruzca debajo de la caja fundente: ello es la "corona inmaculada" de la poesía de bufete—*, con los paisajes efusivos de *Cosas de Francia*.

No hay muerte de escritor sin el inmediato planteo de un problema ficticio que reside en indagar —o profetizar— qué parte quedará de su obra. Ese problema es generoso, ya que postula la existencia posible de hechos intelectuales eternos, fuera de la persona o circunstancias que los produjeron; pero también es ruin, porque parece husmear corrupciones. Yo afirmo que el problema de la inmortalidad es más bien dramático. Persiste el hombre total o desaparece. Las equivocaciones no dañan: si son características, son preciosas. Groussac, persona inconfundible, Renán quejoso de su gloria a trasmano, no puede no quedar. Su inmortalidad entre nosotros los argentinos corresponderá a la inglesa de Samuel Johnson: los dos autoritarios, doctos, mordaces.